

En los albores de la filosofía costarricense: el debate entre Roberto Brenes Mesén, Carlos Gagini y Moisés Vincenzi (1916-1919)

Summary: *During the González Flores Administration and the later Dictatorship of Tinoco, the liberal republic suffers a decisive blow. An essay of Brenes Mesén defending the theosophical metaphysics provokes a significant controversy, because it meets the criticism of Carlos Gagini and the young Moisés Vincenzi from the point of view of some recent philosophical currents. In that moment, the incipient costarrican philosophy of the new century outlines its own way.*

Resumen: *Durante la Administración González Flores y la posterior dictadura de Tinoco, la república liberal sufre un golpe decisivo. Un ensayo de Brenes Mesén defendiendo la metafísica teosófica desata una significativa controversia, al recibir la crítica de Carlos Gagini y del joven Moisés Vincenzi a la luz de las corrientes filosóficas más recientes. Se perfila así la naciente filosofía costarricense del nuevo siglo.*

Desde los inicios mismos de la conformación de nuestra nacionalidad, la filosofía ha jugado un papel decisivo en nuestra historia patria, de modo que no podríamos entender la génesis y ulterior desarrollo de nuestra conciencia nacional, al igual que la constitución y consolidación de nuestras instituciones patrias, sin la influencia decisiva y la acción protagónica de personalida-

des de sólida formación filosófica.¹ Algunos de ellos, incluso, se desempeñaron con éxito profesionalmente como docentes en diversas disciplinas filosóficas, como en el caso del Bachiller Osejo, primer ideólogo del republicanismo y figura clave en las jornadas decisivas que acompañaron y siguieron a la declaratoria de nuestra Independencia.² Fue gracias en buena medida, a la influencia de corrientes filosóficas en voga en las distintas épocas históricas, que nuestro país pudo forjar el Estado-Nación durante el siglo pasado e inicios del presente y dotarse de una sólida institucionalidad democrática, que ha culminado en los últimos decenios con el Estado social de derecho que es la base de nuestra convivencia civilista actual.³ No nos ha de extrañar, en consecuencia, que buena parte de estas figuras que forman parte de la historia de la filosofía costarricense, también hayan desempeñado altos puestos en la función pública, especialmente en la elaboración y ejecución de políticas y reformas de nuestro sistema educativo en todos sus niveles.

Tal es el caso, en concreto, de los tres intelectuales que serán objeto de nuestro estudio actual, a saber, Carlos Gagini (1865-1925), Roberto Brenes Mesén (1874-1947) y Moisés Vincenzi (1895-1964). Todos tienen en común el haber vivido una época decisiva en nuestra historia patria, a saber, el cambio de siglo, haber sido maestros y profesores de formación y profesión con

una sólida formación en el campo de las letras y humanidades y haber jugado un papel protagónico en la vida política del país, destacando como figuras públicas de reconocido prestigio nacional.⁴ Los estudios que sobre ellos se han hecho, especialmente de los dos primeros, versan más que todo en su condición de literatos, educadores y figuras políticas. Sólo a Moisés Vincenzi se le ha visto como filósofo,⁵ aunque también incursionara en el campo de la novela, el ensayo, la crítica literaria y participara activamente en la prensa nacional, hasta el punto de haber sido elegido como miembro de la Academia de la Lengua. Por su parte, Gagini y Brenes Mesén fueron destacados creadores en el campo de las artes literarias (Gagini como novelista, dramaturgo y ensayista, Brenes Mesén como novelista, poeta y ensayista) a un grado tal que hoy sus obras son capítulos imprescindibles de nuestra historia literaria, donde gozan del raro privilegio de ser considerados clásicos de las letras patrias.⁶

Lo que no se ha destacado suficientemente es que todos ellos sustentaron su admirable labor en una sólida formación filosófica recibida tanto durante sus años de estudiantes, como, sobre todo, gracias a abundantes lecturas con que nutrían una auténtica vocación por la especulación filosófica. Esto se refleja no sólo en sus escritos literarios y de circunstancias, sino en ensayos dedicados a fijar, a lo largo de su fecunda vida, sus posiciones filosóficas. Sus concepciones filosóficas no fueron solo la expresión articulada y sistematizada de su personal visión de mundo, sino también la justificación ideológica de los cambios operados en sus vidas como figuras públicas nacionales. Las influencias recibidas reflejan con igual claridad, los cambios operados en el ámbito mundial y su repercusión en la esfera nacional.

De ahí que las polémicas que escenificaron, son tanto más importantes cuanto que en esa época la Universidad de Santo Tomás, única existente en el país durante el siglo pasado, había sido suprimida (1888) siendo Ministro de Educación quien es considerado por la historia como el reformador por excelencia de la educación nacional, D. Mauro Fernández. En otras palabras, estas ilustres figuras fueron hombres comprometidos con su tiempo; pero no solo pensaron su épo-

ca sino que fueron protagonistas activos de la misma, de modo que su aporte sigue siendo parte imprescindible del acervo cultural de nuestra nación. Por eso, para entenderlos debemos situarnos en el momento histórico que les correspondió vivir.

El año 1914 representa para nuestra historia y para la humanidad entera, el brutal ingreso a una nueva época, si se quiere, el inicio del siglo XX.⁷ Por feliz coincidencia, en Costa Rica y un poco por azares e imprevistos de la política, en Mayo de ese año asumió la presidencia un joven abogado de Heredia, D. Alfredo González Flores, quien lanzó el más radical y fulminante desafío al estado liberal heredado del siglo anterior,⁸ reflejando con ello la crisis en que la oligarquía agraria, los tradicionalmente llamados "cafetaleros", habían caído producto de las crisis cíclicas que venía sufriendo el sistema capitalista mundial desde inicios del siglo.⁹ Pocas semanas después de haber asumido el poder Don Alfredo, se iniciaba en Europa la I Guerra Mundial y el país se veía abocado a una crisis económica que no había previsto y para la cual ni institucional, ni política ni económicamente estaba preparado. Las medidas antioligárquicas emprendidas con audacia y lucidez por el joven presidente crearon el caldo de cultivo para el brutal golpe de estado del 27 de Enero de 1917 y la instauración de la dictadura de los hermanos Tinoco, que llevaría al país a un estado de violencia que se fue generalizando hasta la ulterior y dramática caída del régimen en Agosto de 1919.

En esos dramáticos momentos de la historia nacional, nuestros autores eran ya figuras connotadas de nuestra vida pública y plumas consagradas en el campo de las letras y del pensamiento dentro y fuera del país. Más aún, dos de ellos fueron protagonistas de primera línea de los hechos recién mencionados: Brenes Mesén fue el primer ministro de educación del régimen de Tinoco y antes de que terminara violentamente el mismo, renunció y se fue a enseñar a Universidades norteamericanas donde permanecería durante los siguientes 20 años. Por su parte, el mayor en edad de los tres autores estudiados, Don Carlos Gagini, asumirá bajo los Tinoco la dirección de la Escuela Normal en Heredia, creada poco ha (1915), por el gobierno anterior y única institución de

educación superior de entonces, es decir, que en la época era la universidad real del país.

Es en este contexto, que en 1917 aparece el polémico ensayo de Don Roberto Brenes Mesén en que explicita su definitiva posición en materia filosófica, que va a suscitar la ulterior polémica en que van a intervenir Don Carlos Gagini, muy habituado ya a polemizar,¹⁰ y el entonces joven filósofo Moisés Vincenzi, quien se consideraba discípulo crítico del maestro Brenes Mesén,¹¹ a la sazón Secretario de Instrucción Pública, equivalente a lo que llamamos Ministro de Educación Pública.

El libro llamaría la atención no solo por la prominente figura que era su autor, sino, sobre todo, por el cambio que en sus ideas y concepciones de la vida, denotaba aunque dicho cambio se había hecho notorio desde años atrás.¹² Durante la década anterior, en efecto, Brenes Mesén había no solo gestado junto con Joaquín García Monge, su concuño, la más importante reforma a la educación de principios de siglo,¹³ sino que, al igual que su pariente y amigo, se profesaba de ideología "anarquista y socialista", ideas que no solo denotaban su concepción personal de la vida, sino también le impulsaron a un compromiso político definido.¹⁴

En concreto, con su ensayo *Metafísica de la materia* (Imprenta Lehmann, San José, 1917) Brenes Mesén trataba no solo de justificar doctrinalmente su nueva concepción de la vida, sino que, quizás sin darse mucha cuenta, exponía por primera vez en nuestro medio una concepción metafísica integral de carácter espiritualista no cristiana, que habría de provocar una reacción diametralmente opuesta de parte del máximo representante en la época de la generación anterior, positivista, científicista y cercana al materialismo metafísico, Don Carlos Gagini. Por su parte, Vincenzi adoptaría una posición crítica frente a ambos, pero más humanista y más fiel a la tradición de la filosofía académica. Veamos en detalle, el resumen de los escritos donde se exponen estas concepciones filosóficas tan contrapuestas y que denotan una madurez intelectual en nuestro medio, que hace honor al papel jugado por las ideas filosóficas en nuestra historia cultural.

La obra de Brenes Mesén está dedicada "a la juventud que trabaja y aspira: a la que no siente vacilar su inteligencia ante las bellas y serenas investigaciones de la Filosofía; a la que se sabe deleitar con el severo encanto de la Ciencia... que anhela el ejercicio de la divina tolerancia..." Pero ya en la Introducción enuncia lo que será uno de los puntos clave de su nueva concepción, a saber, una crítica a la ciencia experimental, cuando afirma que: "la Ciencia no constituye un fin en sí misma sino un medio para el desenvolvimiento paulatino del hombre". Esto se debe a que la ciencia no es estática sino que "sigue las ondulaciones y las espirales de la vida en perpetua evolución". Y a continuación explica lo que entiende por "vida", a la que define "como una fuerza" uno de cuyos "efectos" son "las energías recónditas y sustanciales de la vida".

La verdadera ciencia es de origen divino porque es eterna, por lo que el verdadero sentido de la ciencia es "construir civilizaciones cada vez más altas y mejores". De seguido Brenes Mesén adopta una posición militante en defensa de sus ideas y se enfrenta a la comunidad científica, al saber académico de las universidades en defensa de su esotérica sabiduría. "Ningún hombre, escribe nuestro autor, puede vestirse la túnica de púrpura de la Ciencia para declarar, investido de indiscutible autoridad, que un grupo de fenómenos no existe, por la simple razón de que dos, diez, cuarenta, cien distinguidos estudiantes de ciencia afirman su inexistencia o por la razón no menos simple aún de que el común sentir de los hombres es contrario a la existencia de tales fenómenos" (p.VI). Desenmascarar los dogmas de la ciencia oficial y enunciar los principios de esa metafísica y sabiduría superior, constituyen "el cardinal propósito de las presentes páginas" que buscan "la explicación por causas del Universo, como un todo, sin odio, pero sí con el amor y la admiración que inspiran en toda alma humana la Belleza y la Sabiduría" (pg.VII).

El Primer capítulo trata de establecer "los límites de la Ciencia", ya que su "saber es grande, pero es mayor su ignorancia" (pg.1). Si la ciencia dice que no tiene nada que ver con los orígenes de las cosas, no se trata de una conclusión científica sino de un postulado de la filosofía positivista, es

decir, de un agnosticismo metafísico. Pero los mismos científicos reconocen que el problema de los orígenes de las cosas no puede ser desechado si se quiere poseer una perfecta explicación de las cosas presentes. Para corroborar su acerto, recurre a ejemplos de algunas ciencias. De todo ello, nuestro autor concluye: "En resumen, la Ciencia no tiene límites precisos en el pasado ni para el porvenir; abraza la naturaleza entera: la que vemos y la invisible, de tal modo que si mañana se descubriese un medio físico de ponernos en contacto con fenómenos no explorados hasta hoy, ellos deberían caer dentro de los linderos de la Ciencia" (p.5).

En el párrafo siguiente afirma que "la metafísica" está en la base de la Ciencia. Su polémica con el positivismo se vuelve más explícita y su defensa de la teosofía aflora claramente. Citando a S. Mill insiste en que la Ciencia no puede ni debe prescindir de analizar las concepciones abstractas de nuestra inteligencia, en conexión con los objetos y las relaciones estudiadas por las ciencias a fin de prevenir causas probables de error, es decir, la ciencia debe ser crítica de si misma, lo cual corresponde a la filosofía en cuanto debe juzgar las bases mismas de toda la metodología que emplean los científicos. Aún en el mismo Comte, padre de la filosofía positivista, ve nuestro autor vestigios de la metafísica que dice rechazar. Y esto debido a que "la Ciencia no sabe limitarse a la mera observación y experimentación de hechos y fenómenos". Así, los conceptos básicos como "materia y energía" van experimentando transformaciones de consideración hasta el punto de constituir hoy día el núcleo de especulaciones metafísicas de los mismos científicos.

Esto lo lleva a indagar sobre la naturaleza del espacio, sobre si existe o no fuera de nuestra mente, lo cual hace que el espacio aparezca como incomprensible para la ciencia actual. Esto ha llevado a estudiar la génesis de la noción de espacio para llegar a la conclusión de que no existe el espacio compuesto únicamente por tres dimensiones. En conclusión, toda unidad de medida es arbitraria y, a pesar de eso, tampoco es fija. De ahí que nuestro autor concluye que existe una cuarta dimensión "que para las ciencias físicas y matemáticas comienza a ser evidente ahora".

En el párrafo siguiente se aboca a la categoría de tiempo, a la cual somete a la misma crítica que a la categoría del espacio. El tiempo es también una convención. Y para reforzar su posición cita abundantemente no solo a científicos sino también a filósofos y críticos de la ciencia, de manera particular al francés Henri Poincaré. En conclusión, el tiempo dice D. Roberto, es otra, quizás la mayor de todas nuestras grandes ilusiones. Termina razonando sus afirmaciones a favor de la metafísica que propugna la teosofía. "La Teosofía, dice nuestro autor, desde que apareció afirma la existencia del Universo Nouminal que es la causa del Universo Fenomenal o visible".

Finalmente, se aboca a explicitar el concepto mismo de materia en el párrafo siguiente. Para ello hace un recorrido histórico del saber científico de Occidente, para concluir que "la historia de la Ciencia impone al sabio discreción y tolerancia". Lo anterior le lleva a una interpretación filosófica de la ciencia partiendo de la experiencia "como base única de toda Ciencia". La experiencia nos demuestra, según D. Roberto, que la materia está compuesta de lo que llama "planos superiores", de los que él enumera hasta siete y que van desde la materia sensible hasta los estados místicos superiores. Los teósofos conciben las energías de la naturaleza como fuerzas inteligentes, vivas, conscientes, por lo que "en el devenir del Cosmos no hay casualidad, sino que todas las energías del universo son expresión de una Vida, de una Conciencia, de una Sabiduría perfecta" (p.59). En conclusión, "la Vida y la Conciencia animan la universal materia". Y esto solo puede ser discernido y vivido por lo que él llama "el ocultista".

La respuesta de Gagini no se hizo esperar. Acostumbrado a la polémica en razón de su fogoso temperamento y dada la solidez de sus convicciones filosóficas, Don Carlos escribe un ensayo que aparece el año siguiente con el sugerente título: *La ciencia y la metafísica*, (editores Falcó y Borrásé, San José, 1918). Precedida por una biografía a cargo del sabio nacional Elías Jiménez Rojas, nuestro autor se reduce a resumir una visión filosófica positivista de la ciencia y un trasfondo metafísico de corte materialista. Si lo comparamos con escritos anteriores y con toda la

trayectoria de nuestro autor, no sería exagerado concluir que estamos ante la primera exposición sistemática en nuestro medio de una filosofía materialista, es decir, nuestro autor va más lejos de su tradicional y decimonónica filosofía positivista para acercarse a una visión metafísica materialista, inspirada ciertamente en una epistemología positivista, que establece la ciencia como criterio único de verdad, en la medida en que solo el método científico experimental está en condiciones de suministrarnos una verdad comprobable.

Su punto de partida, en efecto, es una teoría del conocimiento de corte materialista, que postula que la diferencia entre la inteligencia animal y la de la razón humana es solo de grado. Monismo epistemológico basado en un monismo metafísico de corte materialista. Sin embargo, la influencia del positivismo francés de Comte aparece mas evidente cuando de interpretar el desarrollo de las civilizaciones humanas se trata, pues Gagini sigue siendo fiel a la idea comtiana de "progreso". La ontogénesis reproduce la filogénesis, ya que ambas son la base material de las evolución histórica de la especie humana. El conocimiento del hombre primitivo, dice Gagini, es antropomórfico, pues no distinguía críticamente, como hace el moderno inspirado en la ciencia experimental, entre la objetividad y el determinismo de los procesos naturales y las operaciones cognitivas del ser humano. Es de este antropomorfismo que nacen todas las religiones, pues éstas atribuyen a fuerzas ciegas de la naturaleza cualidades que son exclusivas del ser humano.

A partir de estos postulados epistemológicos y gnoseológicos, nuestro autor trata de explicar en el capítulo siguiente el origen del saber metafísico, de modo particular, los principios en que éste se inspira, tales como las ideas de causalidad y finalidad. Este saber parte de la capacidad humana lograda posteriormente de cuestionarse sobre el por qué y el para qué de lo que ven sus ojos. El cuestionamiento es correcto, mas no así la respuesta, pues la "metafísica no es más que la poesía aplicada a la ciencia: es la imaginación empleada en lugar de la observación y el análisis; es la afirmación autoritaria de lo que debe ser, sin tomar en cuenta lo que es". En el párrafo siguiente, Gagini resume al autor francés Leffèvre, en lo que titula "Historia de la metafísica".

Partiendo de las culturas antiguas orientales, llega a los filósofos griegos quienes pusieron las bases del método científico moderno.

En el párrafo siguiente, Gagini expone lo que entiende por "ciencia" y que nuestro autor define de la siguiente manera: "La ciencia aparece cuando se clasifican, ordenan y sistematizan los fenómenos y se descubren las leyes que lo rigen". A continuación vuelve una vez más a la historia de la filosofía empezando por los griegos, para explicar el por qué se llegó a esta definición tan tardíamente en la historia de la civilización, para de allí concluir que el retroceso es ya imposible. Y lo hace en tono polémico: "En vano se empeñarán en apartar de la vía experimental la Ciencia los que se benefician con la ignorancia de las masas, los charlatanes y ambiciosos, los alucinados, los falsos apóstoles de extravagantes doctrinas". Las alusiones al libro de Brenes Mesén son directas y sin eufemismos. Es evidente que el polemista que siempre fue Gagini parece sentirse en su medio.

En el párrafo siguiente explica el método experimental partiendo de la edad moderna y destacando la figura del filósofo inglés Francis Bacon. En cuanto a las concepciones actuales, es de nuevo un pensador y científico francés de finales del siglo pasado, Claude Bernard, quien es citado como argumento de autoridad por excelencia. Gagini resume así el método científico experimental: "El experimentador comienza por registrar un hecho (observación); a propósito de este hecho, se forma una idea (hipótesis); en vista de esta idea, razona, hace experimentos, imagina y realiza las condiciones materiales de estos (verificación de la hipótesis); de la experiencia resultan nuevos fenómenos que es preciso estudiar ya sí de seguida" (p.49).

Nuestro autor ve en este método el mayor de los logros del espíritu humano, por lo que afirma: "Desde que el método experimental disciplinó la ciencia, el progreso humano ha continuado su marcha ascendente y triunfal, arrollando a su paso la ignorancia, la superstición y el charlatanismo" (p.51).

Finalmente, un último asunto ocupa al maestro que siempre fue Carlos Gagini. Y es explicar el por qué las ideas atrasadas siempre subsisten en la mente de tanta gente, hasta el punto

de reconocer que hay una cierta inclinación en el ser humano a las ilusiones de la metafísica, que solo la educación y la enseñanza en el estricto método experimental puede curar. Con frecuencia, se presentan como novedosas ideas místicas que no son más que resabios de viejas creencias provenientes de la más remota antigüedad. Si esto se da aún en nuestro país, esto proviene de deficiencias en la educación, que solo se pueden subsanar con adecuadas políticas de difusión científica y una correcta formación de los jóvenes (la alusión a Brenes Mesén quien era a la sazón ministro de Educación, no puede ser mas directa).

Por último, el más joven de los tres autores estudiados, Moisés Vincenzi, nacido apenas en 1895 y en plena producción intelectual en ese momento, interviene confrontando a D. Roberto Brenes Mesén a quien considera su maestro. Es de notar que Vincenzi nos aparece como el más auténtico filósofo, no sólo por vocación e inclinación personal, sino también por su bagaje en lecturas y referencias bibliográficas. Vincenzi toma distancia de ambos, en una actitud que denota un conocimiento mas actualizado de la filosofía, más cercana en términos generales de los sistemas metafísicos alemanes de inspiración postkantiana. En particular, la huella de Hartmann nos parece evidente y, en menor medida, la del francés Henri Bergson, lo cual revela lo actualizado que estaba nuestro filósofo.

Ya poco antes y en un intercambio epistolar de 1916, nuestro autor se dirige a Don Roberto haciéndole un planteamiento de inspiración antropológica aunque con repercusiones epistemológicas. En concreto, le presenta el problema filosófico que se plantea entre obediencia y libertad, dejando entrever que una concepción metafísica como la que sustenta D. Roberto, hace imposible el concepto de libertad tal como lo solemos entender en una antropología filosófica que sustenta una filosofía de los valores y una ética. Vincenzi hace los planteamientos con claridad en el fondo del asunto, pero respetando las formas, todas ellas impregnadas de la cortesía y el formalismo propios de un ambiente académico. Lo hace planteando una doble hipótesis, la una que defiende "una libertad absoluta", contrapuesta a una concepción de la inmutabilidad de la natura-

leza humana. La otra concepción parte de una ética de la conciencia que "puede determinar fuera de toda predisposición de la ley, normas de acción a las energías del pensamiento o facultades inteligentes de la conciencia".

Como se puede notar, ya desde su planteamiento Vincenzi defiende la tradición filosófica occidental más reciente. Concretamente, Kant y Nietzsche dejan sentir su presencia, frente a las pretensiones místicas con antiguas raíces en el pensamiento oriental, de su maestro. Explícitamente, Vincenzi cita a Aristóteles y a Platón para reivindicar la libertad en materia de responsabilidad moral. Nuestro autor profundiza en un sentido antropológico, enfocando la facultad "volitiva" de donde se extrae la ética como obediencia a la ley por la que la razón regula la espontaneidad de la conciencia. La referencia a Kant no puede ser mas clara.

Vincenzi trata así de conciliar libertad con obediencia a la ley, con el fin de sacar una norma práctica que rija la vida del ser humano convirtiéndolo en sabio. De esta manera se logra el objetivo doble que pretende la teosofía de buscar la sabiduría pero sin incurrir en falsos misticismos y, por lo contrario, reivindicando una concepción crítica sustentada en la razón. Tal es la tarea última de la filosofía pues, concluye Vincenzi, "tratar de ponerse de acuerdo consigo mismo a todo trance, es la conductora general de los filósofos". Esto le permite terminar con una sentencia muy nietzscheana: "De nadie podrás aprender mas que de ti mismo; anda, anda visionario, que no llegarás jamás a tu fin. Eres infinito. Anda..." (p.51).

La respuesta de D. Roberto es profunda y bellamente escrita, pero no se refiere a lo planteado. Y eso, en mi opinión, no porque Brenes Mesén no entendiera la naturaleza del cuestionamiento de que era objeto del joven Vincenzi, sino porque no aceptaba como punto de partida los enfoques de la filosofía y del racionalismo occidentales. Desde un punto de vista estrictamente metafísico, D. Roberto no estaba en capacidad de asumir una posición ni antropológica ni epistemológica; su concepción solo podía versar sobre un enfoque gnoseológico, es decir, situándose en el ámbito propio de una metafísica del

conocimiento, confirmando así el temor que Vincenzi parece insinuar: una posición místico-metafísica solo puede ser dogmática, es decir, no da pie a un diálogo estrictamente filosófico que haga posible el pensamiento crítico.

Veamos en concreto la respuesta de D. Roberto. Empieza por situarse en el pedestal de maestro al tratar a su interlocutor de "joven filósofo". Luego sitúa sin más preámbulos la cuestión en el ámbito estrictamente metafísico, sin ningún rodeo epistemológico, confirmando el temor de que más que una convicción racionalmente fundada, lo que Brenes Mesén profesa es un dogma místico. Estas son las palabras de D. Roberto: "No puedo concebir al hombre como una ley, aplicando el concepto que me parece haberse formado usted de la ley. ¿Es el Cosmos la Ley? El hombre es un Cosmos. El yo es lo intangible y lo más real del Cosmos humano" (p.53). Y luego concluye: "El hombre es un cosmos dentro de otro cosmos. El ajustar los actos del pequeño cosmos a los principios que rigen el gran cosmos es acto de obediencia. Y esto se hace con o sin conocimiento de causa". Termina D. Roberto con una alusión un tanto satírica referente a Nietzsche como el mentor de Vincenzi. Del pensador alemán y, con ello, de su joven interlocutor, toma distancia con estas palabras: "Nietzsche es el mejor camino para construir paradojas, obra de ingenio; pero no de filosofía fuerte y creadora".

Vincenzi riposta de seguido con otra carta en un tono que difícilmente oculta su descontento, tanto por la forma satírica en que fue redactada la respuesta de Brenes Mesén, como por la insuficiencia de la misma en materia de filosofía. Por eso, su carta es una lista considerable de preguntas dirigidas al teósofo con el fin de mostrarle las grandes lagunas de su concepción metafísica. En realidad, esta carta no es más que el anuncio de una respuesta mucho más extensa y en que Vincenzi expresará su propia concepción de la crítica filosófica y dará un recuento de la vida y de la obra de Roberto Brenes Mesén, reprochando al mezquino medio cultural costarricense la poca estima en que tiene al brillante maestro de las letras y el pensamiento que ha sido D. Roberto. La obra en cuestión la titula: *Principios de crítica. Roberto Brenes Mesén y*

sus obras (Imprenta y litografía "Minerva", San José, 1918). Merece destacarse el poco aprecio que Vincenzi profesa por la obra de Brenes Mesén que aquí hemos comentado, calificándola de simple "propaganda teosófica", aunque le reconoce el derecho de defender las concepciones que él juzgue mejores y el mérito de tratar de vivir consecuentemente con dichos principios. Por el contrario, destaca el gran mérito de Brenes Mesén como gramático.

Por mi parte, al terminar este breve recuento de una hermosa página polémica de la historia del pensamiento filosófico costarricense, desearía tan solo agregar dos palabras. Creemos que mejor epílogo que los planteamientos de Vincenzi no podía tener este histórico debate: Moisés Vincenzi planteó las cosas correctamente y cerró con broche de oro un debate que históricamente constituía el final de una época (el siglo XIX) y abría anchurosa y prometedoramente las compuertas de un nuevo siglo, el nuestro. Recordar esta página de la historia de la filosofía costarricense es, por ende, no solo mantener viva la memoria histórica, reiniciar el diálogo con quienes nos precedieron en el honroso menester del hacer y enseñar filosofía, sino también recordar que la vigencia de estos debates sigue plena y actual; hoy nos aprestamos a terminar un milenio y a comenzar un siglo en donde la filosofía no solo se ha profesionalizado en nuestro medio, sino que es parte de un quehacer universitario sólidamente institucionalizado en toda la geografía nacional. No en vano la semilla que entonces se sembró, da hoy sus frutos y nos permite abrirnos al nuevo milenio con renovadas energías creadoras, gracias a hombres que en condiciones mucho más precarias hicieron del ejercicio del saber filosófico la razón de ser de sus fecundas existencias.

Notas

1. Lascaris, Constantino: *Desarrollo de las ideas en Costa Rica*, Edit. Costa Rica, San José, 1975, 2da.edición, p.16.
2. Mora, Arnoldo: *Historia del pensamiento costarricense*, EUNED, San José, 1992, p.99.

3. Lascaris, Constantino: *O.c.*, p.14.
4. Lascaris, Constantino: *O.c.*, passim. Mora; Arnoldo: *O.c.*, p.163. -Bonilla, Abelardo: *Historia de la literatura costarricense*, Studium, San José, 1984, p.251 ss.
5. Lascaris, Constantino: *O.c.*, p.135 ss., 273 ss.
6. Bonilla, Abelardo: *O.c.*
7. Mora, Arnoldo: *O.c.*, p.140 s
8. *Ibid*, p.149 ss.
9. Quesada, Alvaro: *La voz desgarrada. La crisis del discurso oligárquico y la narrativa costarricense (1917-1919)*, ed. UCR, San José, 1988, p.15 ss. -Rodríguez, Eugenio: *Siete ensayos políticos*, Cedal, San José, 1982, p.89 ss.

10. Segura M., Alberto (editor): *La polémica (1894-1902): el nacionalismo en literatura*, EUNED, San José, 1995. -Barrantes, Ana Cecilia: *Buscando las raíces del modernismo en Costa Rica*, EUNA, Heredia, 1997, 2da. ed., p.67 ss.

11. Vincenzi, Moisés: *Principios de crítica. Roberto Brenes Mesén y sus obras*.

12. Morales, Gerardo: *Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica (1880-1914)*.

13. Fischel, Astrid: *El uso ingenioso de la ideología en Costa Rica*, EUNED, San José, 1992, p.65 ss.

14. Morales, Gerardo: *O.c.* -Vincenzi, Moisés: *Principios de crítica*, p.29.